EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 12.982

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 íd.—La suscripcion se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24
MARTES 6 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

A otra cosa

Con la crisis promovida y resuelta ayer mismo ha terminado lo de Carcabuey.

Ya era hora, porque sin negar que el asunto que ha monopolizado estos días la atención del Congreso, juntamente con la del país, es de las que no deben pasar sin protesta durísima, hay otras cuestiones de mayor importancia que están reclamando estudio preferen. y pronta solucion.

Entre el saneamiento de la moneda y lo de Carcabuey no titubeará nadie en designar el asunto primero como más importante. Al fin afecta á todos porque afecta a la riqueza pública. El otro pertenece a la política de campanario; es producto de costumbres que urge remediar; pero al apreciarlos para hacer la crítica, se ha dedicado á lo de Carcabuey la atencion que debio dedicarse á lo del saneamiento y ha sido discutido éste como cualquiera cuestión secundaria.

Se ha dicho en el Congreso, tratando de la política de Córdoba, que había propuesto un consejero el cambio de un alcalde por seis concejales de otro ayuntamiento; y ante esa declaracion estupenda cuya gravedad sólo consiste en la publicidad que se le ha dado, se han rasgado las vestiduras los padres de la patria. Y ha sido tan grande el alboroto; han coincidido tantas acusaciones y censuras contra el ministro de la Gobernación, que éste ha tenido que dejar la poltrona, truncando momentaneamente su carrera política que lo había llevado en poco tiempo desde la dirección de un periódico medio conservador y medio liberal hasta las cumbres del poder.

No censuramos eso. ¡Qué hemos de censurarlo si estamos convencidos de que hay que remover muchos obstaculos por tal procedimiento si es que de veras queremos matar el caciquismo é ir derechos y desembarazados á la regeneración!

No, no lo censuramos, lo aplaudimos; lo que censuramos es que no se luche con el mismo empeño por solucionar otras cosas que son más importantes que las que afectan á una personalidad, á un pueblo ó una región. Lo que vemos con profundo disgusto, y lo verán también todos los españoles que tienen en más los asuntos generales que los particulares que dan ocasion para derribar á un ministro, es que se esté viendo con los brazos cruzados como va mermando la peseta y aumentando el costo de la alimentación.

Sobre ese asunto sí que debían llover los proyectos; contra él y para despojarlo de dificultades debían esgrimir los diputados las proposiciones. Si hay motivos para hacer obstrucción, nunca estaría su empleo más justificado que para favorecer la salida de este pantano en que España se encuentra atascada, por no decir hundiéndose. Si la palabra reclama la energía y el calor, nada mas simpático que emplearlos en esto, hasta lograr salir del bache en que el carro ha caído.

Pero no; esas cosas no tienen alicientes, ni acaloran ni empeñan. Lo de los concejales de Carcabuey fragua una tempestad sobre la cabeza de un ministro y se lo lleva. El anuncio de Osma de que no tiene soluciones para abaratar las subsistencias no levanta una protesta ni un murmullo.

Lo de Carcabuy ha terminado. Vamos a otra cosa. ¿A qué? En busca de otro asunto que apasione. A ver si se puede echar abajo otro ministro.

A procurar la baja de los cambios y el abaratamiento de los comestibles, no. Eso no apasiona ni da motivo á interrupciones é incidentes.

TIJERETAZOS

Dice un articulista:

«Los primeros catarros invernales son algo así como las tempranas flores de la primavera, que se entreabren al influjo de los primeros rayos de sol...»

Compañero: si quiere usted una flor para el ramo, se le ofrece de buena voluntad.

Conque diga usted.

—

Telegrafían del teatro de la guerra que los agregados militares extranjeros van abandonando el teatro de las operaciones.

Es natural.

Ellos fueron á estudiar la guerra y no á ser blanco de las pulmonías.

—

Ya tenemos en Agricultura un nuevo ministro. ¿Qué hará?

Hasta ahora la única obra notable que ha hecho es aguantar un chaparrón de discursos y proposiciones en la célebre sesión permanente.

De pantanos, canales de riego, plan de obras públicas... nada por ahora.

Más tarde ya veremos.

—

Los individuos que han vivido en Ferrol y que han leido que los lobos de aquellas montañas bajan á la llanura buscando qué comer, dicen que no hay tales carneros.

—Pero señor, si en el Ferrol no hay lobos—dicen—Si no los hemos visto nunca.

Cuentan que un *tío Matías* muy miedoso, que tuvo que salir una noche del pueblo en que moraba sirviendo en una casa de labor, para llevar un encargo á una aldea inmediata, volvió todo asustado. Y al llamarle los demás criados la atención sobre lo descompuesto que llegaba, les dijo:

—Ya hubiera yo querido veros como me he visto yo esta noche, seguido de los lobos.

—¿Había muchos?

—Lo menos doscientos—respondió el miedoso descompuesto el semblante y castañeteando los dientes.

—Menos lobos, tío Matías—le gritó un zagal que atizaba la lumbre.

—Si no había doscientos había lo menos cien—replicó el tio.—De ahí no bajo uno.

La segunda cifra fué acogida con la misma incredulidad que la primera y regateando los unos y ejerciendo de *Tío Paco* el *Tío Matías* llegó éste á la unidad: un lobo le había proporcionado un tremendo susto.

Mas ni eso le dejaron, porque el primer zagal le echó á la cara una risotada insolente y con ella la frase:—Menos lobos, tío Matías.

—Bueno—dijo éste—si no eran lobos serían árboles; pero os aseguro que parecían lobos... y por lobos los tuve.

¿Serán como esos los lobos que descienden de la sierra á las llanuras ferrolanas?

TUBERCULOSIS NACIONAL

En las nacionalidades debilitadas prosperan los gérmenes del separatismo, como en los organismos anémicos la tuberculosis.

La nacionalidad española, tan fuerte un día, que llegó á dar la muestra más potente de la conciencia colectiva y del sentimiento patrio, cual fué la epopeya de la Independencia, se halla hoy debilitada, debilitadísima.

La tuberculosis, el separatismo, aparece donde quiera que ya existía algún germen de tan vergonzosa enfermedad.

Todo hombre que mire un poco más allá de la superficie de los hechos, habrá de ver que el vínculo nacional se ha aflojado en estos últimos tiempos hasta el punto de aparecer como roto en algunos sitios.

El hecho hay que mirarlo con serenidad, por lo mismo que es alarmante.

En casa de tantos pisos como nuestra Península, donde habitan razas, que no se han fundido jamás en una sola, existía, por principal vínculo común, glorias comunes. De ellas, aquí, como en todos los pueblos, unían más, las que alcanzaban á más gentes; las que ataban mejor eran las glorias militares.

Formar parte de la nación de Cervantes, de Lope y de Calderón no podía ser poderoso lazo para los que, no poseyendo mucho de cultura, hablaban dialectos distintos del idioma castellano.

Pertenecer á la misma patria que Velázquez, tampoco podía atraer grandemente á las poco artísticas muchedumbres.

Pero componer el mismo pueblo que había detenido por siglos, como dique inconmovible, las invasiones africanas, salvando la cristiandad en Lepanto y contrastando el mayor poder militar que la Europa había conocido en Bailén y en Zaragoza, en Gerona y en Cádiz, era un sentimiento de satisfacción y orgullo, que alcanzaba de punta á punta á todas las gentes de nuestro territorio.

Así, no se caían de nuestra boca esos nombres.

Ante el recuerdo de esas marciales glorias, aun los más regionalistas se sentían españoles.

Los gallegos habían sostenido el mayor peso en la campaña de Carellano; los vascos habían contribuido poderosamente con sus certeros arcabuces á la espléndida victoria de Pavía; los catalanes habían formado el núcleo principal de la brillante expedición á Túnez, y así todos ellos, á pesar de su particularismo regional, eran nacionalistas respecto de tales glorias.

La guerra de África, en 1860 mostró con luz deslumbradora ese espíritu.

Los voluntarios catalanes fueron héroes legendarios de toda España en la fantasía popular, y los tercios vascongados, aunque llegaron un poco tarde, llevaron consigo la confianza de toda España en su valor indomable.

Nadie se acordaba entonces de que había regiones, si no era para poner sus virtudes características á servicio de la gran patria.

Los gérmenes del particularismo vinieron después.

Vinieron con el desgaste de energías, ocasionado por las luchas de la revolución; con la vida pública nada higiénica de la Restauración, sobre todo en los primeros tiempos; con el abuso de fuerza del Poder central; con la vida absorbente y exclusiva, que indicaba la política de un hombre que quería llenar toda la Península con su persona, ó de un partido que aspiraba á concentrar en sí y asimilarse la savia entera de la nación.

Y fueron heraldos de ese particularismo las vanidades enfermas de poetas y literatos, cuyas figuras resultaban microscópicas en el amplio cuadro nacional, y que para destacarse exigían la reducción del marco. Experimentaban con viveza el amor á la patria chica, como refugio contra la indiferencia ó el desdén de la patria grande.

Sus voces despertaron sentimientos atávicos y tuvieron funesta resonancia, sobre todo cuando el desastre colonial sobrevino y el vínculo más extenso y más fuerte de la nacionalidad, el de las glorias militares, quedó quebrantado y así deshecho.

El sentimiento funde, la idea une, los intereses separan.

dad, Dios me ayudará, sin duda, á salvaros á vos y á mi querida María. Apresuráos á hacer vuestros preparativos, porque no hay un minuto que perder.

Y sin aguardar la respuesta de las señoras, se puso á hablar con Bernard acerca de las medidas que debían adoptarse, conviniéndose en que se engancharían los dos mejores caballos de la alquería á un viejo cabriole de mimbre que servía al granjero para recorrer las ferias y mercados. Bernard se comprometía á conducir á las señoras hasta la ciudad por caminos estraviados y evitando el bosque donde estaba oculta la gendarmería. Daniel los seguiría á caballo, y merced á la oscuridad, se lograría llegar á la población sin contratiempo. Este plan pareció el mejor que podía adoptarse en semejantes circunstancias; sin embargo, la marquesa no se mostró satisfecha.

—Daniel, y vos, maese Bernard,—dijo con firmeza,—pensad en las terribles consecuencias que puede producir vuestra abnegación. Si somos detenidas, ¡incurriréis en las mismas penas que nosotras por habernos auxiliado. No consentiré que corráis semejante peligro. Ocultadnos en cualquier parte, en un bosque, en una cueva, hasta que hayan marchado los agentes de la fuerza pública; cualquier asilo será bueno para nosotras.

—Bernard no tiene nada que temer,—respondió el joven con no menos resolución.—Sobre mí solo recaerá la responsabilidad de lo que puede suceder. No tengo consideraciones que guardar; ó mi autoridad existe todavía y en este caso debo hacer uso de ella para protegeros, ó bien he sido acusado como sospechoso y entonces nada puede agravar mi situación... Dejadme, pues, señora, seguir las inspiraciones de mi corazón y ¡ojalá consigan mis sacrificios, cualquiera que sea su resultado, rehabilitarme á vuestros ojos y á los de María de las faltas que tan amargamente me echais en cara!

él mismo á salir para dejar á las señoras en libertad de arreglar su modesto equipaje, cuando se oyó en la pieza inmediata rumor de gemidos y sollozos.

El granjero, que había creido percibir la voz de su mujer, abrió precipitadamente la puerta, y sus huéspedes le siguieron á la sala de entrada, iluminada débilmente por una vela de cebo:

La Sra. Bernard, pálida y casi sin conocimiento, estaba sentada en una silla de paja, y la pordiosera arrodillada delante de ella, cubría de besos y de lágrimas sus manos.

El pobre niño, también arrodillado, lloraba, sin saber por qué, probablemente por ver llorar á su madre.

A pocos pasos de distancia una criada de la alquería miraba con la boca abierta aquel grupo desolado.

Antes de saber lo que pasaba, Bernad sintió que un estraño presentimiento le oprimía el corazón. Sin embargo, preguntó con voz ruda:

—¿Qué diablos tienen esas criaturas para lamentarse así? ¿No acertaremos á tener pan en la casa? ¡Vive Dios! Parece que no tenemos hoy otra cosa que hacer que escuchar jeremiadas.

A los acentos de aquella voz formidable, la granjera